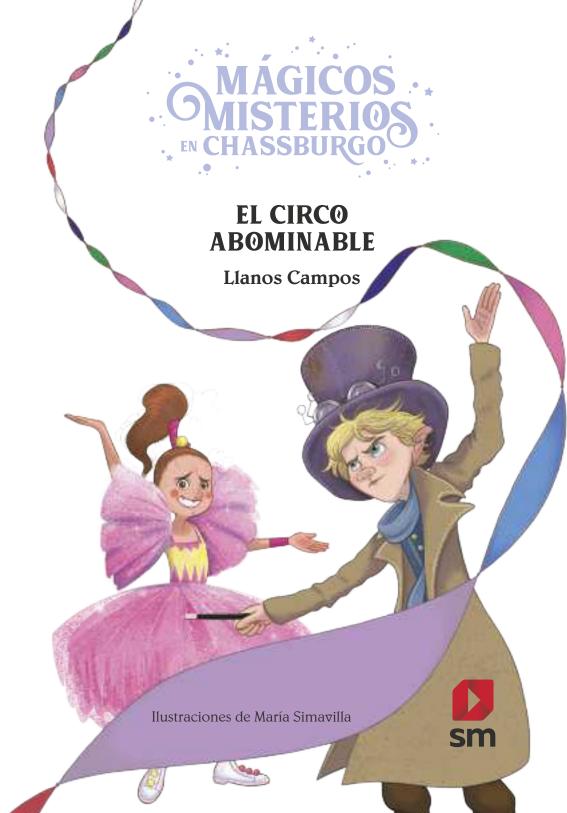


EL CIRCO ABOMINABLE

Llanos Campos

Ilustraciones de María Simavilla







La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM.COM

Primera edición: octubre de 2020

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz Edición ejecutiva: Berta Márquez Coordinación de diseño: Marta Mesa Corrección: Francisco José Carvajal

- © del texto: Llanos Campos, 2020
- © de las ilustraciones: María Simavilla, 2020
- © Ediciones SM, 2020 Impresores, 2 Parque Empresarial Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte (Madrid) www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1318-829-4 Depósito legal: M-18755-2020 Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Vera y Laia.
Para Eva, que está a punto de llegar.
Y para Leo, que ya estaba aquí
pero nos empeñábamos en no verlo.

Apenas amanecía y en el camino solo se oía el crujir de las ruedas, el resoplido de las mulas al tirar de las carretas llenas de víveres y enseres, y el relincho de los caballos que arrastraban sobre el polvo los enormes carromatos. Eran en total veintitrés vehículos que se bamboleaban de un lado a otro, cargados hasta los topes.

A lo lejos ya se veía la ciudad, así que, a pesar del cansancio de hombres y bestias, el capataz no dio permiso para descansar, sino que ordenó apretar el paso para llegar antes de que el sol terminase de salir.

Solo los más madrugadores pudieron ver cómo aquel desfile apresurado atravesaba Chassburgo sin detenerse. Los carromatos, aunque decorados con vivos colores, parecían a esa hora más tristes y apagados de lo que se esperaría de una caravana como aquella. Se cruzaron con el lechero, con la panadera y con algunos obreros que habían terminado el turno de noche en la fábrica.

Y sin duda fue mejor así, porque aquella procesión de caras agotadas y animales exhaustos no era la imagen que Reinaldo Corvina quería dar de su circo.

Hombres, carros y bestias cruzaron las calles casi desiertas con la vista fija en un punto al este de Chassburgo, ya casi en el mar. Ascendieron pesadamente la última colina antes de la playa y, mientras en el cielo chillaban las primeras gaviotas, el capataz dio al fin la orden de parar. Justo frente al Gran Teatro Barona.

Aquello no fue tampoco señal de descanso: inmediatamente, de las carretas bajaron decenas de mozos que se aprestaron a preparar el terreno y a montar las tiendas y la gran carpa. Como hormigas atareadas, todo el mundo se puso a trabajar, cumpliendo con su cometido sin necesidad de órdenes ni indicaciones; cada uno sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Tras ellos, el edificio abandonado del teatro observaba en silencio la bulliciosa actividad; quieto, mudo, desvencijado, todavía guardaba en su interior muchos secretos y (eso decían) un fantasma.

Pero los habitantes del circo no sabían nada de eso, y seguramente les hubiera importado un bledo de haberlo sabido, porque estaban concentrados en sus muchos trabajos de montaje y preparación. Un circo son un montón de bocas que alimentar, así que tenían que comenzar con las representaciones cuanto antes.

Cuando Chassburgo finalmente se puso en marcha, sobre la colina del Barona ya podían distinguirse los carromatos diseminados por la cima y el humo de las pequeñas fogatas que los mozos habían encendido para entrar en calor.

Había llegado a la ciudad, casi de noche y casi por sorpresa, el Circo de las Maravillas y las Abominaciones.





Todos los niños de Chassburgo sabían ya lo del circo antes de salir de clase esa mañana.

Desde que se cerró el Gran Teatro Barona catorce años atrás, la vida cultural de la ciudad había decaído mucho, y la visita del circo era sin duda una fantástica noticia para todos los chasscos, pequeños y mayores.

Sobre la línea de la ciudad, recortada en el cielo, destacaba la colina del Barona, ahora llena de color y ajetreo. La gran carpa comenzaba a tomar forma y parecía saludar con las banderolas que coronaban su vértice más elevado. Un murmullo de voces y música recorría a veces, llevado por el viento, las calles de toda la ciudad.

A la puerta del colegio, Valentina, Tashi y Héctor –con su inseparable sombrero de copa que le había hecho ganar el apodo de «el Chistera» – observaban a los recién llegados con algo menos de entusiasmo. Esa inoportuna visita les suponía un notable contratiempo, que entor-

pecería muy mucho la labor a la que se habían entregado desde que Tashi y Valentina descubrieran por accidente los pasadizos secretos del teatro, hacía apenas dos meses.

-Maldita sea... -murmuró Héctor con la vista fija en la colina-. ¿Pero qué hacen esos allí?

-A lo que se ve −respondió sin necesidad Valentina−, vienen dispuestos a divertirnos.

En ese momento, otros tres chicos les silbaron desde la acera de enfrente. Eran los de siempre, con la actitud de siempre.

-¡Chistera! -gritó uno de ellos-. ¡Han venido los tuyos!

-¡Cállate, Fermín! –le respondió Valentina–. ¿No te aburres de oírte? ¡Ahórranos tus chistes sin gracia!

−¡Seguro que no quieren un mago canijo, pero siempre te pueden contratar como bicho raro! –vociferó otro de ellos.

-Y tú, Domingo -repuso ella sin arredrarse-, ¿no ha venido hoy tu Nanny a recogerte? ¡A ver si te vas a perder camino de tu mansión!

-¡Viene a por mi hermana Rosario! −protestó él muy ofendido-. ¡Y métete en tus asuntos, Garanda!

-No hagas caso a esa mocosa -dijo a su lado el tercero, llamado Felipe.

En ese momento, como enviada por la providencia, la mencionada Nanny apareció doblando la esquina y se acercó sin dudar a Domingo. Su mamá quiere que venga a casa inmediatamente
 le dijo la muchacha sin sospechar lo que acababa de ocurrir—; tenemos invitados a comer.

La pequeña Rosario Carretero salió del colegio y corrió hacia la Nanny, mientras los amigos de Domingo se apartaban de él como si apestara. En la acera de enfrente, Valentina se retorcía entre grandes carcajadas. A su lado, Héctor trataba de contener la risa sin mucho éxito.

El avergonzado Domingo no tuvo otra que seguir a su Nanny, mientras sus dos amigos se marchaban en direcciones diferentes sin decir nada más.

Tashi, Héctor y Valentina volvieron a levantar la vista hacia la colina, donde el circo crecía a pasos agigantados.

- -¿Alguien sabe cuánto se quedarán? –preguntó el Chistera.
- No creo que monten todo eso para un par de díasrespondió ∇alentina.
- -¡Maldita sea! –repitió Héctor–. No podremos ir al teatro mientras estén esos allí.

Desde que los tres se colaron por primera vez en el edificio abandonado, dos meses atrás, habían vuelto en numerosas ocasiones. Al principio acudían con algo de reparo, ya que Héctor seguía jurando que alguien había movido de sitio la figura de la bailarina que él había colocado atrancando la puerta de los pasadizos en el anfiteatro.

Pero buscaron de forma incansable por todo el edificio y no encontraron rastro de que allí hubiera nadie. Aún no habían conseguido desentrañar el misterio de los túneles subterráneos, con sus muchas salidas y entradas; pero lo que sí ocurrió mientras lo intentaban fue que terminaron por hacer de aquel edificio olvidado y lleno de polvo un lugar donde reunirse, explorar, hablar de misterios y ensayar trucos de magia.

Héctor el Chistera seguía empeñado en eso de ser algún día el mago más grande del mundo, y a ello se dedicaba con perseverancia durante horas, mientras enseñaba a Valentina y a Tashi todo lo que había que saber sobre el teatro y su lenguaje. Aprendieron así lo que era una pata, el foro, el bambalinón o la escalera de desembarco.



Subieron al peine a contemplar los numerosos telones colgados de las varas, repararon las candilejas y usaron la concha del apuntador para darle algún susto al joven mago.

Dedicaban muchos ratos a recorrer los pasillos bajo el teatro, aunque sus puertas ocultas seguían resistiéndose a ser reveladas. Trataron varias veces de colocar una línea de cableado con bombillas para iluminar los pasadizos, pero, increíblemente, al día siguiente de instalarla se había quemado, o las bombillas se habían fundido. No les fue posible alumbrar aquella maraña de túneles, salvo con los quinqués de parafina.

Fuera del mundo del teatro, los padres de los tres estaban muy contentos con su estrecha relación, aunque



por razones diversas. Matilde, la madre de Héctor, porque su hijo no solía tener amigos, y Hum y Enriqueta, padres de Valentina, porque veían con mucha alegría que su hija al fin hubiera podido conectar con Tashi, el niño del Tíbet que había llegado con su padre a vivir en casa de los Garanda. En cuanto a Hari, el padre de Tashi, siempre parecía saber que su hijo se las arreglaría bien solo, así que nunca se preocupaba demasiado por nada. Entre los Garanda y Matilde también había nacido, gracias a sus hijos, una cordial relación; así que, de vez en cuando, se veían para tomar café o pasear, aunque a veces la madre de Héctor ponía alguna excusa para no acudir a las citas.

-Tienes razón, Héctor -dijo al fin Valentina muy seria-; tendremos que suspender la exploración y los ensayos hasta que el circo se marche. Sí que es un fastidio.

-Yo iré -soltó, como siempre de improviso, Tashi.

-¿Al teatro? -se extrañó el Chistera-. ¿Te has vuelto loco? Aquello está lleno de gente, y si mi madre se entera de que estamos entrando en el edificio, me matará.

-Pues pídele permiso de una vez -añadió Valentina-. Antes o después tendrás que decírselo, o se enterará de alguna forma. Además, el teatro es tuyo; deberías poder usarlo cuando quisieras.

-Era de Vicente Barona, mi abuelo -repuso Héctor-. Y mi madre solo quiere que se hunda y olvidar que allí desapareció su padre -se volvió hacia Tashi y señaló la colina-. Así que no, no iremos mientras esos estén allí.

-No digo al teatro -respondió el aludido con calma tibetana-; iré al circo. Nunca he visto ninguno. He leído sobre ello, pero nada más.

-¡Entonces no tendremos más remedio que ir! -exclamó ∇alentina, repentinamente entusiasmada.

-¿Lo dices en serio? -preguntó el Chistera-. Yo lo único que quiero es que se marchen por donde han venido.

-¡Vamos, Héctor! -sonrió Valentina-. ¿Me vas a decir que eres el único mago del mundo que odia el circo? Quién sabe; puede que algún día trabajes en uno. Además, porque no vayamos nosotros no se van a marchar antes.

Sin decir nada, el Chistera echó a andar hacia su casa en el Alto de la Villa.

-¡Te llamaremos para ir! -le gritó Valentina-. ¿Vale? Como toda respuesta, Héctor mostró un pulgar hacia arriba por encima de su chistera y siguió caminando.

Durante el trayecto hasta su casa, Valentina no paró de hablar del joven mago, del teatro, del circo... A su lado, Tashi se limitaba a escuchar (o no) y a no decir esta boca es mía.

Lo normal, vaya.